

Providencia, el mismo que en 1973 concentraba una población popular que fue erradicada por la dictadura, uniéndose así simbólica y físicamente el inicio y el fin de un ciclo histórico. El libro de Leyton ayuda a entender que esa coincidencia no reposa en una mera casualidad. ■

Gustavo Vallejo

CONICET-ISCo-Universidad Nacional de Lanús

ORCID 0000-0003-4730-2455

Lorenzo Delgado, Santiago M. López, eds. *Ciencia en transición: El lastre franquista ante el reto de la modernización*. Madrid: Sílex; 2019. 384 p. ISBN: 978-84-7737-663-7. 22 €

El volumen colectivo objeto de esta reseña aborda la historia de las políticas científicas en España durante el franquismo desarrollista y la transición de la dictadura a la monarquía parlamentaria. El libro es fruto del encuentro «Ciencia en Transición. De la CAICYT a la Ley de la Ciencia», celebrado en mayo de 2018 en el Instituto de Estudios de la Ciencia y la Tecnología de la Universidad de Salamanca, que juntó a historiadores de la ciencia, de la economía y de las relaciones internacionales, así como a protagonistas de la política científica. La yuxtaposición de estas tres perspectivas disciplinares es uno de los atractivos del libro, que supone una contribución relevante a la historiografía sobre el período.

El primer bloque de cuatro capítulos versa sobre la historia institucional de algunos de los mayores organismos estatales de investigación creados por el régimen franquista. Antonio Francisco Canales esboza una panorámica sobre la evolución del CSIC, desde los cimientos nacionalcatólicos hasta el desarrollismo. Lourenzo Fernández Prieto estudia el Instituto Nacional de Investigaciones Agrícolas, remontándose hasta 1875 para subrayar las rupturas con el «modelo liberal» de investigación agronómica. Ana Romero de Pablos presenta un relato cronológico y aséptico de la historia de la Junta de Energía Nuclear durante el franquismo. Finalmente, Francisco Sáez de Adana y David Escot se centran en el Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial durante la transición.

El segundo bloque de cuatro capítulos se ocupa de las relaciones internacionales desde la historia económica y diplomática. Mar Cebrián y Santiago López tratan del papel de las divisas para entender cómo una política industrial basada

en la inversión extranjera en maquinaria supuso una apuesta por la apropiación por encima de la innovación en la política científica del desarrollismo. Esther M. Sánchez Sánchez estudia las relaciones hispano-francesas, poniendo el acento en la formación de «capital humano» en sectores como el nuclear, el automovilístico y el militar. Carlos Sanz Díaz explora las relaciones en materia científico-tecnológica con la República Federal Alemana en el franquismo y la transición. Por último, Lorenzo Delgado Gómez-Escaloniella y Rosa Pardo Sanz analizan las repercusiones de la inversión norteamericana en la política de investigación del tardofranquismo.

Los cuatro últimos capítulos están dedicados a reflexiones sobre la historia de las políticas científicas de la transición en adelante por parte de personas directamente involucradas en su diseño o negociación desde instituciones (CSIC, Ikerbasque), partidos políticos (PSOE) y sindicatos (CCOO). Emilio Criado retoma la historia del CSIC para narrar desde dentro los conflictos políticos en la transición. Emilio Muñoz repasa su trayectoria política y argumenta que la Ley de Ciencia de 1986 fue el nacimiento de una política científica acorde con la «modernización del país» (p. 317). Alicia Durán pone el foco en el proceso de precarización laboral creciente del personal de investigación. Finalmente, el capítulo de Fernando P. Cossío, director de Ikerbasque, presenta su programa como ejemplo de «excelencia».

Los distintos capítulos aportan interesantes claves y valiosos análisis de la historia de las políticas científicas en España. Sin embargo, el marco interpretativo general, sintetizado en el subtítulo y articulado en la introducción y las conclusiones, es cuestionable por la adopción como categoría analítica de lo que debería ser uno de los objetos de estudio en tanto que discurso histórico y situado de los propios actores: la «modernización».

A lo largo del libro se bascula entre dos lecturas contradictorias sobre la transición en política científica. En la introducción puede leerse que «hubo que esperar a la llegada del partido socialista al gobierno para que finalmente se acometiese una política de la ciencia» y, unas líneas más tarde, que «la política científica había comenzado su propia transición antes de que el cambio político llegase al país» (p. 35). La primera afirmación se debe a la confusión entre «política científica» y «política de I+D» entendida según el modelo lineal innovocéntrico. La segunda afirmación, que es la principal tesis de conjunto del libro, se desarrolla en las conclusiones, argumentando que en España hubo una transición a dos velocidades. Una transición política, «concluida con la plena homologación democrática», y otra más lenta, «sólo en determinados y muy concretos ámbitos», como la política científica, cuya transición habría empezado pronto, con «las luces y los pespuntes brillantes de los años sesenta que miramos con

cierto orgullo», pero se habría truncado a causa de las «rémoras del franquismo que dificultan la completa modernización social» (p. 359).

Para seguir con la metáfora del subtítulo, esta interpretación refleja el peso de un lastre historiográfico, fruto de la transición, que separa de manera tajante ciencia y franquismo, poniendo en primer plano una dialéctica abstracta y binaria entre «atraso» y «modernización». El libro supera en parte este esquema historiográfico cuando conecta la política científica del franquismo tecnocrata (que no obstante considera más «modernizador» que «franquista») con la de la transición y los primeros gobiernos socialistas. Pero lo reproduce cuando subsume los análisis concretos de los capítulos bajo el marco teleológico de la «modernización», que se define celebratoriamente como «la apertura a la colaboración con la sociedad y particularmente con la actividad económica» (p. 361). Tras la idealizada «edad de plata», en la que, según se afirma en las conclusiones, «la ciencia se estaba convirtiendo en un bien de propiedad comunal cuyo propietario era la comunidad científica en cogestión con la Administración pública» (p. 364), se habrían extendido las «inasibles tinieblas» (p. 360) del franquismo hasta que el desarrollismo habría empezado a disipar las brumas apuntando a una «modernización» en política científica que luego se aceleraría a partir de la transición, pero que estaría todavía incompleta por culpa del «lastre franquista».

El discurso de la «modernización», que hunde sus raíces en el tardofranquismo y en el marco ideológico de la OCDE, fue resignificado y movilizado ampliamente por los primeros gobiernos socialistas como pieza clave del sostén ideológico a su programa político y económico. El énfasis en el «lastre franquista» como principal obstáculo a una «modernización» que supone ahondar en la delegación tecnocrática y la subordinación de la investigación a la lógica de acumulación capitalista es comprensible desde el punto de vista de quien, como Miguel Ángel Quintanilla, ha ocupado cargos públicos en el área desde los años ochenta hasta la implementación del Plan Bolonia. Sin embargo, si aspiramos a un análisis que nos permita entender críticamente la formación de los regímenes de saber contemporáneos, es preciso abandonar el uso de «modernización» como categoría analítica y estudiar la historia de su formación, usos y efectos en tanto que categoría movilizada por distintos actores en un relato que ha acompañado y facilitado la transformación neoliberal de la producción de conocimiento. La historia de la «ciencia en transición» está todavía por (re)escribir. ■